



Inmigrantes arriban a la isla Ellis, Nueva York, a comienzos del siglo XX.

NUEVO CONCEPTO Vieja realidad

Globalización es un término reciente, pero la internacionalización de mercados, personas, ideas y culturas no es nada nuevo

Harold James

LA GLOBALIZACIÓN genera reacciones dispares. Y si bien casi todos coinciden en que hoy día se está llevando a cabo una rebelión contra la globalización, muchos consideran que, en lo esencial, el proceso es inevitable e irreversible.

¿Es esto cierto? Un repaso a la historia nos ayuda a entender la dinámica de las rebeliones contra la globalización, el movimiento internacional de dinero, bienes, personas, ideas, tecnologías y culturas.

El término globalización, en su acepción moderna, fue acuñado en los años setenta para describir la internacionalización de los mercados, especialmente los financieros, tras los aumentos del precio del petróleo de esa década, pero refleja una realidad de muy larga data. El reciente período de globalización que parecía ascendente, al menos hasta la crisis financiera mundial, es apenas uno más —con sus muchas oscilaciones— a lo largo de la historia.

La crisis financiera mundial nos enseñó que es engañoso, y peligroso, basarse en el análisis de las “tendencias” económicas calculadas simplemente extrapolando los datos de un período corto. No sabemos cuán inusuales o excepcionales son dichos datos. Tampoco tenemos conciencia de la compleja naturaleza de la interconexión mundial. Así, el shock de la inesperada crisis generó un nuevo interés en observar tendencias calculadas a partir de períodos mucho más largos, que pueden poner de manifiesto vulnerabilidades que nos ayudan a descubrir cómo deberíamos ajustar el marco institucional para que la globalización sea más estable, menos peligrosa y más justa.

Globalizaciones del pasado

Describir el muy dinámico comercio mundial de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX ahora es una parte estándar del repertorio de los historiadores de la economía (O'Rourke y Williamson, 1999). Pero de ningún modo fue el único episodio de



globalización. Pruebas arqueológicas indican el alcance mundial del comercio durante el imperio romano, cuando se empleaba la moneda romana en lugares tan distantes de la Ciudad Eterna como las regiones costeras de Sri Lanka y Vietnam. Luego hubo numerosas expansiones del comercio y las finanzas mundiales. En muchas de estas, se revivieron ideas de la antigüedad clásica y de la época de la globalización romana (y de su dominio mundial), como en el caso de la recuperación económica de fines del siglo XV y principios del XVI (contexto económico del renacimiento) o del siglo XVIII, durante el cual la mejora de la tecnología y una mayor facilidad de comunicación allanaron el camino a los imperios mundiales (británico y francés).

La tecnología y la globalización están íntimamente ligadas: incluso podríamos describir el fenómeno como “tecnobalización”. La máquina de vapor impulsó la interconexión mundial del siglo XIX. El ferrocarril abrió nuevos continentes y permitió a los granjeros producir alimentos básicos para mercados remotos. Luego, el barco de vapor unió continentes y la notable reducción de los costos del transporte estimuló la integración de mercados. La coordinación del transporte exigió información unificada, y el telégrafo —que en 1865 logró atravesar océanos con el tendido del primer cable transatlántico estable— pudo transmitir la información que los mercados necesitaban saber.

Gracias a la tecnología de las comunicaciones —en este caso, la difusión de la imprenta y el periódico— la gente también pudo saber más sobre otros países y comparar las duras realidades de su lucha diaria por la existencia con el mítico El Dorado de abundancia y felicidad. La gente estaba preparada para afrontar las penurias de efectuar viajes precarios y, con un toque de realismo, a menudo consideró que la tierra prometida no se materializaría, pero constituiría una posibilidad real para sus hijos.

Válvulas de seguridad

Pero la migración es más que la búsqueda de una vida mejor. En términos más amplios, puede actuar como válvula para liberar la presión social en los países de origen. La migración fue una respuesta a los problemas ocasionados por los cambios tecnológicos —así como por los de los procesos comerciales— que volvieron redundantes categorías completas de la actividad económica. Al emigrar, la gente se forjó nuevas vidas y nuevas oportunidades.

En el caso de la globalización del siglo XIX, la emigración desde la paupérrima periferia de Europa (Europa oriental y mediterránea y Escandinavia) incrementó los ingresos. Especialmente en el caso de los escandinavos, el aumento de la prosperidad fue extraordinario. De mediados del siglo XIX a principios del siglo XX, 30 millones de personas emigraron de Europa a Estados Unidos; unos 6,5 millones fueron a Argentina y 5 millones a Canadá. El porcentaje de extranjeros en la población estadounidense fue mayor en las vísperas de la Primera Guerra Mundial que el de hoy día.

El economista Albert Hirschman describió la dinámica política de la emigración, que sin duda refleja, en parte, su huída de la persecución política y racial de la Alemania nazi (Hirschman, 1970). Cuanto más fácil es el traslado (salida), menor es el compromiso con la sociedad política del país de origen (lealtad) y menos apremiante la necesidad de expresar ideas (opinar). Al cerrarse la salida, crece la necesidad de opinar.

La dinámica de los países receptores es opuesta. La inmigración genera lealtad, pero también dinamismo económico. Buena parte del espíritu empresarial estadounidense —como lo subrayó el difunto Thomas McCraw— demuestra la creatividad de los inmigrantes.

A veces las válvulas de seguridad desvían los flujos e inundan otros sitios: esto hace muy impopular la inmigración. La reacción contra la globalización a menudo afecta la válvula de seguridad que precede a la migración, que al parecer es lo que está sucediendo hoy día en muchos países.

Retrocesos

La reacción violenta contra la globalización puede explicarse por varios motivos históricos.

En primer lugar está *la mera reacción psicológica ante lo desconocido*. La gente se harta de la interacción; se aleja de lo extranjero y busca protegerse de las amenazas mundiales y de la devastación.

La temática del comercio de larga distancia a menudo se ha transformado en la denuncia de lujos superfluos.

La temática del comercio de larga distancia a menudo se ha transformado en la denuncia de lujos superfluos. Tanto el filósofo Aristóteles de la antigua Grecia como su sucesor cristiano medieval Tomás de Aquino reconocieron la necesidad de intercambiar algunos productos con sitios remotos, pero consideraban más moral la producción local pues creían que los extranjeros perturbarían la vida cívica (Irwin, 1996). El filósofo romano Plinio el Viejo se quejaba de que Roma se desangraba con las costosas importaciones de lujos superfluos provenientes de India, China y la península arábiga, y el poeta Sexto Propertio se quejaba de que la orgullosa Roma se hundía por su riqueza. El teólogo Martín Lutero, influyente figura de la Reforma Protestante, despotricaba contra los lujosos productos italianos que socavaban la producción alemana. La revolución estadounidense también comenzó con una especie de revuelta contra la globalización: contra los impuestos británicos, pero también contra un producto suntuario (el té) de empresas multinacionales inglesas.

La reacción contra la migración también incluyó el nativismo. En 1882, el Congreso estadounidense aprobó la Ley de exclusión de chinos, que prohibía la inmigración de trabajadores chinos (y exigía que todas las personas chinas presentaran al llegar un certificado que declarara su profesión). Esta ley finalmente se revocó en 1943. También se aprobaron proyectos de ley que limitaban la inmigración en general, y que hasta la Primera Guerra Mundial normalmente fueron vetados por el presidente.

La historia aporta una segunda explicación histórica: *la globalización colapsa durante las crisis financieras*. Las finanzas constituyen el más volátil de los vínculos internacionales. La globalización amplifica la magnitud de las crisis financieras. Una conclusión de la historia económica es que durante el período de integración del patrón oro del siglo XIX, fluyó más capital entre



Un tren del siglo XIX en la Vía Ferroviaria del Gran Oeste, Clifton Depot, Ontario, Canadá.

los países que durante la limitada interconexión financiera de las dos décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Pero también hubo más crisis bancarias bajo el patrón oro. En particular, las grandes crisis financieras de 1907 y 1929 provocaron un nuevo nacionalismo, y se culpó a los extranjeros y a su influencia por las crisis financieras.

Una tercera hipótesis es que *la volatilidad o el colapso de las finanzas inducen el debate sobre el funcionamiento del sistema internacional* y la mayor sensibilidad a la dinámica del poder en el escenario mundial. La crisis de 1907 deja enseñanzas importantes sobre el impacto de las crisis financieras y sobre la forma en que las finanzas pueden cambiar las políticas. Tras 1871, el sistema financiero mundial giraba principalmente en torno al Reino Unido y a Londres en particular. El pánico de octubre de 1907 demostró a las nuevas potencias industriales en veloz crecimiento, sobre todo Alemania y Estados Unidos, la conveniencia de movilizar el poder financiero. Inequívocamente, la crisis se originó en Estados Unidos, donde una gran demanda de efectivo provocó un alza de las tasas de interés que atrajo importaciones de oro. Pero también causó un fuerte aumento de las tasas de interés en otras regiones, que afectó mucho a los bancos de Egipto, Italia, Suecia e incluso Alemania, o sea, a nivel casi universal.

La experiencia de 1907 convenció a algunos financistas estadounidenses de que Nueva York debía crear un sistema de negociación capaz de manejar valores para financiar el comercio con la misma flexibilidad del mercado maduro y desarrollado de Londres (Broz, 1997; Eichengreen y Flandreau, 2010). Paul Warburg, inmigrante alemán, fue el principal impulsor de la creación de un mercado de aceptaciones estadounidense (donde se negociarían instrumentos de corto plazo, normalmente empleados para financiar importaciones y exportaciones). Warburg jugó un papel protagónico en el diseño de la Reserva Federal, el banco central de Estados Unidos. Su hermano mayor, Max Warburg, fue un destacado banquero hamburgués y asesor personal del autócrata Kaiser Guillermo II. Desde ambas márgenes del Atlántico, estos dos hermanos banqueros impulsaron enérgicamente la creación de instituciones germano-estadounidenses que ofrecieran una

alternativa al monopolio industrial y financiero británico. Estaban convencidos de que año tras año Alemania y Estados Unidos se estaban robusteciendo y de que el poder británico estaba disminuyendo.

Cuarto, *las conexiones mundiales se destruyen por las guerras que surgen de las tensiones resultantes de un panorama geopolítico alterado por la globalización y también en respuesta a las vulnerabilidades y la interdependencia estratégica*. Una tradición proveniente del pensador jurídico y filósofo político francés Montesquieu considera que el comercio engendra la paz. John Bright y Richard Cobden, dos grandes librecambistas británicos del siglo XIX, plantearon el mismo argumento. La más famosa explicación sobre la “idea de paz” —fuerzas económicas intangibles están anulando la fuerza de las armas— proviene del libro de Norman Angell, *La Gran Ilusión* (1913). Angell procuraba mostrar cómo la naturaleza del gobierno y del imperio había cambiado a consecuencia de la interdependencia económica. Vio en esto una diferencia fundamental con respecto al imperialismo del modelo romano, que se basaba en la extracción de tributos a poblaciones sometidas. “Roma no tenía que crear mercados y buscar dónde emplear su capital. Nosotros sí”.

Pero la interdependencia permitió emplear la amenaza de la perturbación sistémica como instrumento de la política de poder (Lambert, 2012). La complejidad de las redes en un mundo globalizado y la forma en que pueden emplearse para propagar influencia las convierte en un instrumento ideal de la lucha de poderes. Asimismo, las estrategias que utilizan el poder de las redes no son sencillas: la amenaza de perturbación puede volverse fácilmente en contra de su originador. En la Primera Guerra Mundial, todos los bandos experimentaron con la perturbación estratégica. El Reino Unido comenzó la guerra con un importante bloqueo y en 1917 Alemania lanzó una guerra submarina incondicional, pero en ambos casos la estrategia resultó contraproducente. Claro que para entonces ya era demasiado tarde.

Enseñanzas de la globalización

En cada etapa del ciclo de globalización, tendemos a extrapolar en base a los hechos actuales y a pensar que esta fase concreta será eterna, ya sea la recuperación que infunde confianza o el estancamiento y enfado que genera la contracción. Entonces, un quiebre en la tendencia al alza genera una profunda desorientación y desilusión.

Tras el desastre de la reciente crisis financiera mundial, una lógica similar a la de hace un siglo impulsó a los banqueros alemanes y estadounidenses no solo a querer reformar sus instituciones financieras, sino también a pensar en un nuevo perfil financiero y económico del mundo. Si bien Estados Unidos fue el epicentro original de la crisis financiera de 2007–08, se repuso mejor que otras zonas industriales avanzadas por la profundidad y sofisticación de su sistema financiero. La experiencia indujo un amplio debate en Europa y Asia sobre las formas de emular la sofisticación y solidez del sistema estadounidense, tal como los alemanes y estadounidenses procuraron aprender del modelo de Londres y del Banco de Inglaterra tras la crisis de 1907.

Al igual que hace un siglo, distintas partes del mundo se centraron en las diversas lecciones que dejó la inestabilidad. Para las autoridades chinas, la atención se centró en asignar a su país un papel mucho más importante en el financiamiento del comercio, con un veloz aumento de la proporción del comercio exterior denominado en renminbi. Los chinos están reproduciendo su versión del debate estadounidense de fines del siglo pasado sobre el uso de las aceptaciones comerciales de Nueva York en lugar de las de Londres.

Una enseñanza para los europeos es la necesidad de un activo más seguro y un mejor mercado para los bonos públicos, lo que implicaría pasar a un título europeo normalizado que se asemejara al bono del Tesoro de Estados Unidos. Esto es el equivalente del debate alemán de hace un siglo tras la crisis de 1907. Muchos economistas europeos, así como extranjeros, ven la virtud de la precoz experiencia estadounidense, cuando el padre fundador Alexander Hamilton construyó la nueva república en torno a una deuda nacional consolidada. Pero un título normalizado exige cambios constitucionales y de la política interna de la Unión Europea que pueden ser difíciles de contemplar, al igual que el desarrollo pleno del mercado de deuda alemán de principios del siglo XX habría exigido una constitucionalización mucho más amplia.

Juego de suma cero

Para algunos países, parece que la lección fundamental de la crisis de 2008 es que el mundo es, por naturaleza, un lugar de conflicto y que las grandes potencias están haciendo un juego de suma cero en una lucha por la hegemonía (Rachman, 2011). No sorprende que los objetivos de esta intensa diplomacia financiera busquen alternativas al dólar y al sistema financiero internacional. Como respuesta inmediata a la crisis financiera, el Presidente ruso Vladimir Putin, al hablar en Sochi en septiembre de 2008, resucitó notoriamente las críticas francesas de los años sesenta sobre el exorbitante privilegio del dólar estadounidense, debido a que por su condición de moneda de la reserva mundial no está sujeta a las mismas limitaciones del mercado que otras divisas. Es difícil explicar la postura de Putin después de 2008 más que como el reflejo de las enseñanzas que le dejó la crisis de 2008, que en aquel momento parecía ser la vulnerabilidad de Estados Unidos. Una importante característica del acuerdo de 2014 entre China y Rusia sobre el gas fue que las ventas no estaban expresadas en dólares, lo que satisfizo el deseo de China de incrementar el protagonismo del renminbi y la meta rusa de reducir la dependencia del dólar en el comercio internacional. Las migraciones también aumentan tras las crisis financieras y las guerras y conflictos destructivos.

Una visión de esperanza

En 1944, durante la sesión inaugural de la conferencia monetaria internacional de Bretton Woods, el entonces Secretario del Tesoro de Estados Unidos Henry Morgenthau manifestó su visión:

“Espero que esta conferencia centre su atención en dos axiomas económicos básicos. El primero es: la prosperidad no tiene límites fijos. No es una sustancia finita a reducir mediante la división. Al contrario: cuanta más prosperidad tengan otras naciones, más la tendrá cada nación para sí misma... El segundo axioma es corolario del primero. La prosperidad, como la paz,

es indivisible. No podemos permitirnos desperdiciarla aquí o allá o entre los afortunados, o gozarla a expensas de otros”.

El término francés “globaliser” tiene un significado bastante distinto al del inglés (cuando los franceses hablan de globalización, generalmente usan el término “mondialisation”). “Globaliser” significa establecer nexos entre diversas áreas temáticas: seguridad y economía, por ejemplo, o más en general entre la evaluación de distintos tipos de riesgos. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, al idear un nuevo orden para la paz, las Naciones Unidas y las instituciones económicas multinacionales fueron diseñadas con una simetría deliberada: los cinco estados más poderosos fueron los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. También tenían las cinco cuotas más grandes, y sillas permanentes en el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Pero los sistemas políticos y económicos se separaron cuando la Unión Soviética no ratificó los acuerdos de Bretton Woods y la Revolución Comunista dejó inicialmente a la pequeña República de China (Taiwan) la silla en el FMI. Recién en 1980 la República Popular China pasó a ocupar esa silla.

La visión de 1944–45 se limitaba a los vínculos entre los asuntos políticos y económicos. Pero la subsiguiente separación de los ámbitos económico y político dificultó o imposibilitó resolver los problemas de dichos ámbitos. Para resolverlos debe revivirse el espíritu que reinaba al final de la Segunda Guerra Mundial a los efectos de elaborar un acuerdo institucional que cuente no solo con los medios técnicos para suavizar el golpe de las crisis financieras sino que además pueda unir a los países en un acuerdo más general sobre formas de proceder en común. ■

Harold James es el nuevo historiador del FMI y Profesor de Historia y Asuntos Internacionales de la Universidad de Princeton.

Referencias:

- Angell, Norman, 1913, *The Great Illusion: A Study of the Relation of Military Power to National Advantage* (Toronto: McClelland y Goodchild).
- Broz, J. Lawrence, 1997, *The International Origins of the Federal Reserve System* (Ithaca, Nueva York: Cornell University Press).
- Eichengreen Barry, y Marc Flandreau, 2010, “*The Federal Reserve, the Bank of England and the Rise of the Dollar as an International Currency, 1914–39*”, *BIS Working Paper 328* (Basilea: Banco de Pagos Internacionales).
- Hirschman, Albert O., 1970, *Exit, Voice and Loyalty: Responses to Decline in Firms, Organizations, and States* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press).
- Irwin, Douglas A., 1996, *Against the Tide: An Intellectual History of Free Trade* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press).
- Lambert, Nicholas, 2012, *Planning Armageddon: British Economic Warfare and the First World War* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press).
- McCraw, Thomas K., 2012, *The Founders and Finance: How Hamilton, Gallatin, and Other Immigrants Forged a New Economy* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press).
- O'Rourke, Kevin H., y Jeffrey G. Williamson, 1999, *Globalization and History: The Evolution of a Nineteenth-Century Atlantic Economy* (Cambridge, Massachusetts: MIT Press).
- Rachman, Gideon, 2011, *Zero-Sum Future: American Power in an Age of Anxiety* (Nueva York: Simon & Schuster).